

no llegarás á la vejez, no oscurecerás el resplandor de las estrellas; elevarás á los indignos: piensa, miserable, que morirás luego y que vivirás en la tribulación.

...El infierno te aguarda si tú eres sordo á los gemidos de la paloma; ella grita supernaturalmente y de un modo que no es de su naturaleza: su voz, que escita á la piedad, hace que los cielos te sean contrarios. Que así sea.

Gracias á Dios."

Esta profecía fué escrita hácia el año de 1000, y se encontró en París en la biblioteca de Saint Victor, á la entrada de la sala, encima del estante marcado con estas tres letras: KKK.

#### Fin de la segunda profecía.

Si el poder de Napoleon no se hubiese desplomado, se habrían hallado ciertamente otras profecías contrarias de la misma fecha y aun mas antiguas, como las que acabamos de transcribir. Nosotros las hemos insertado tan solo por vía de curiosidad, pues estamos persuadidos de que profecías semejantes abundan en todas las épocas, porque se apropian á los sucesos que ya han pasado.

#### REINO DE ITALIA.

El reino de Italia fué nobilísima creación de Bonaparte, aunque éste no le diera aquella unidad y grandeza que se esperaba de su voluntad, la cual era la misma para toda grande empresa; pero aun cuando hubiese interrogado al pueblo, le habria reducido cada vez mas á condicion servil en favor de Francia. La constitucion republicana otorgada en el consejo de Lyon no necesitó ser modificada, y sin mudar mas que el nombre, se halló monárquica en un abrir y cerrar de ojos. Confirmáronse algunas garantías obtenidas en Lyon, y se añadió que la corona de Italia seria separada de la de Francia, pero conservándose ambas unidas en Napoleon Bonaparte hasta que cesara todo peligro, y que la de Italia seria hereditaria en los hijos varones, ó en un adoptivo, con tal que fuese ciudadano francés ó italiano. El consejo habia solicitado un estatuto que garantizase la religion católica, la integridad del territorio, la libertad política y civil, la irrevocabilidad de las ventas de bienes nacionales; que no se estableciesen contribuciones sino por mandato de la ley, y que no se diesen destinos sino á súbditos nacionales; pero Napoleon no hizo caso de tales peticiones.

Los italianos, animados de aquel entusiasmo que las mas veces no es sino la expresión de la esperanza y que desaparece con ella, se atarearon en preparar arcos triunfales con aquellos mismos árboles que poco antes se

habian titulado árboles de la libertad. Napoleon cuando vino á Italia con motivo de renovar la ceremonia fastuosa de la coronación, lo reglamentó todo, hasta lo concerniente á los trajes teatrales. Habiéndose colocado, pues, en la catedral de Milan (16 de Mayo de 1805) la corona de hierro sobre su cabeza, para darle mas temple y vigor y para que Italia dejara de ser despedazada por las tempestades que en adelante pudieran sobrevenir, dijo: "Dios me la ha dado; ¡ay de quien la toque!" Palabras que trató de perpetuar en la cruz de una nueva orden de caballería. Abrió luego él mismo el cuerpo legislativo, y nombró virey de Italia á Eugenio Beauharnais, su hijo adoptivo, porque estaba persuadido de que le hallaria siempre sumiso á sus voluntades, y gobernador de un genio mediano, el cual por lo demas no tuvo el arte de granjearse el afecto de sus gobernados. Impuso el código civil de Francia, y mandó que se preparase uno penal y otro de comercio, pero luego suspendió de un golpe las discusiones y las deliberaciones, mandando traducir los códigos franceses. Estableciéronse tambien juicios públicos, pero sin jurado, y no se daba oído á ningun hombre de opiniones libres cuando manifestaba su parecer; consolidóse la deuda pública en el banco napoleónico. El senado admitió en su seno á varones preclaros, pero tan solo por ostentacion y no para que administrasen ni tampoco para que aconsejasen. Los tribunos y los censores de la constitucion no eran mas que títulos vanos; el cuerpo legislativo de los jóvenes y de los ancianos debia votar silenciosamente, y habiendo osado alguna vez hacer algunas observaciones, Napoleon se enojó y dijo: que obligarle á retroceder seria lo mismo que pretender dar á la luna un movimiento retrógrado, con lo cual dió por terminada la legislatura (1). Los ita-

[1] A Taverna, presidente del cuerpo legislativo del reino de Italia, le escribió desde Boulogne en Agosto de 1805 estas palabras: "He recibido vuestra carta con fecha 1.º de Agosto á nombre del cuerpo legislativo, y las seguridades que me dais de su adhesion tanto mas me llenan, cuanto que en su conducta habia manifestado que no caminaba en mi misma direccion y que tenia otro intento y otros proyectos distintos de los míos. Yo tengo por principio valerme de las luces de todos los cuerpos intermedios, sean legislativos, ó mas bien colegios que lleven siempre mi misma tendencia; pero si alguna que otra vez en sus deliberaciones dieren cabida al espíritu de faccion y de turbulencia ó á proyectos contrarios á los que yo pueda haber meditado para el bien y prosperidad de mis pueblos, sus esfuerzos serán impotentes, y no sacarán otra cosa que la vergüenza de ser vencidos, porque á pesar suyo llevaré á cabo todos los designios y ejecutaré todas las operaciones que crea necesarias para la marcha de mi gobierno y para la realizacion de la grande idea de reconstruir é ilustrar el reino de Italia."

lianos entonces llegaron á convencerse de lo que valia la constitucion. Sin embargo, cuatro caminos abiertos en el Simplon, en el Cenís, en el monte Ginebra, en la garganta de Tenda, reunian el nuevo reino con el imperio; y una corte lujosa, ministros llenos de magnificencia, embajadores, un instituto, escuelas especiales, pomposas y frecuentes ceremonias, fabricas grandiosas, rodearon á Milan de un esplendor que no hacia echar de menos la libertad. Pero el ramo de que mas provecho Napoleon sacaba en el nuevo reino era la conscripcion. En efecto, el viaje á los Estados italianos no tuvo otra mira sino la militar, á saber: el establecimiento de cuerpos de reserva en el Pó y en el Adige, y de escuadrillas en el mar. Cuando hizo otro viaje á Italia en 1807, preguntaba durante el camino varias cosas, pero limitándose á una brevedad escésiva, multiplicaba preguntas sobre preguntas, confundiendo de esta manera al que quisiera pensar antes de responder. En cada provincia ó ciudad se informaba de las necesidades de los habitantes, y dictaba órdenes y decretos sin cuidarse luego de la ejecucion.

"En la paz da Presburgo (30 de Marzo de 1806), decia Napoleon: remedié los males que me ví obligado á hacer á los pobres venecianos en Campo-Formio y en Luneville, librándolos del yugo alemán; y aquella gente de caracter blando y sumiso se manifestó contenta viéndose unida á sus compatriotas." Debian restituirse al mismo tiempo á Francia las Bocas de Cattaro; pero el marqués de Ghislieri, que las custodiaba, por trama de los enemigos de Napoleon las entregó á los rusos (4 de Marzo de 1806): entonces Napoleon se negó á devolver la plaza de Brunao sobre el Ino; por lo cual la corte de Viena hubo de rogar á los rusos que cedieran, é hizo prender á Ghislieri. Pero la Dalmacia y la Iliria fueron despues separadas del reino de Italia y agregadas al imperio francés.

Estendiéronse á las provincias venecianas la constitucion de Lyon y todas las formas políticas del reino de Italia, multiplicándose allí tambien los caminos y los puentes, regularizándose el curso de las aguas. Pero si la administracion llevaba su marcha en la antigua Lombardía, ya acostumbrada á obedecer y pagar, no sucedia lo mismo en los países nuevos, avezados á vivir bajo un gobierno blando y á satisfacer levísimas contribuciones. Cuando Napoleon visitó á Venecia (1807), se le proporcionó el espectáculo que mas anhelaba, esto es, el de una gran fuerza marítima. Entonces dictó muchas órdenes para el bienestar y prosperidad de aquella poblacion. Pero ésta, que habia medrado algun tanto bajo el dominio de Austria, aunque ahora podia adornarse con el título de segunda ciudad del reino y de puerto franco, se encontró sin comercio á causa del bloqueo continental; con el tráfico de azabaches, que era su principal industria, completamente muerto, y con los bienes nacionales

en poder del Estado ó en manos extranjeras, siendo por lo demas tan onerosos los impuestos, que muchos pequeños propietarios abandonaron sus fincas y fué preciso ponerlas bajo la administracion de las municipalidades. En 1808, Napoleon agregó al reino de Italia las legaciones de la Romanía, formando con ellas los departamentos del Metauro, del Muson y del Fronto, y dijo á sus diputados en París: "yo ví los vicios de la administracion de vuestros clérigos; los eclesiásticos dirigen el culto y el alma, enseñaban teología y dejaban ignorar todo lo demas. La Italia decayó desde que los clérigos pretendieron gobernarla. La conducta de mi clero de Italia y Francia es digna de elogio; pero si en vuestro país algun fanático ó ambicioso quisiera valerse de su influencia espiritual para alterar la tranquilidad de mis pueblos, yo sabré reprimirlo."

Tambien en las legaciones eran insoportables los impuestos, á los cuales el pueblo no estaba habituado: los conscriptos entre tanto huían, y Eugenio decia en una proclama: "Os quejais de que cada decreto publicado en vuestros departamentos es una nueva carga; pero si supierais leer, veriais cómo en vez de cargas no hay ni uno de ellos que no sea para vosotros un beneficio."

Tambien el Tirol meridional fué agregado al hermoso reino itálico, el cual de este modo llegó á reunir en veinticuatro departamentos setenta y nueve ciudades y seis millones setecientos mil hombres organizados á la francesa en ochenta y cuatro mil cuarenta y tres millas cuadradas.

¿Cuándo pudieron por ventura concebir los italianos esperanzas mas fundadas de conseguir la unidad nacional?

Pero todo esto habia sido otorgado y no conquistado: Napoleon, pues, consideraba á Italia como país consagrado al bienestar de Francia, por lo que desmembraba su territorio como se le antojaba, fundaba ó destruía señoríos, y al mismo tiempo fomentaba la esperanza de que el nacimiento de su segundo hijo aseguraria la independencia italiana [1].

Napoleon apenas echados los cimientos del reino de Italia, abolió primero un crecido número de conventos, y luego todos los demas, destinando parte de sus fondos á terminar la fachada de la catedral de Milan; disminuyó tambien el número de parroquias en las ciudades, y prefirió el de seminaristas.

[1] Napoleon tenia el designio de regenerar la patria italiana, de reunir á los italianos en un solo cuerpo de nacion independiente.... este era el trofeo inmortal que levantaba á su gloria.... Todo estaba dispuesto para crear la gran patria italiana.... El emperador esperaba con impaciencia un segundo hijo para llevarle á Roma, coronarle rey de Italia y proclamar la independencia de la hermosa peninsula, bajo la regencia del principe Eugenio.—*Mem. dictadas á Montholon.*

Organizó militarmente los liceos y las universidades, y decretó á lo menos, á falta de otra cosa mejor, la unidad de pesas, medidas y moneda en todo el reino de Italia.

Los muchos poderes que tenían los prefectos, y la arbitrariedad soldadesca alteraban aquel buen orden administrativo, al paso que la publicidad de discusion y de sentencias en el ramo judicial, venia á quedar perjudicada con los tribunales especiales y con leyes marciales. En 1805, habiéndose sublevado el territorio de Crespino en el Bajo Pó, fué declarado en estado escepcional y confiado al arbitrio de un coronel de gendarmería; pero el emperador tuvo á bien últimamente perdonarlo por habersele entregado cuatro de los jefes de la rebelion, á dos de los cuales castigó con la pena de muerte. En 1809 el archiduque Juan, que combatia en el Tirolo sublevado, dirigió á los italianos una proclama concebida en esta forma: "Italianos: sois esclavos de la Francia: prodigais por ella vuestro oro y vuestra sangre; el reino de Italia que os prometen es una quimera; la realidad que tocais es la conscripcion, son las contribuciones, la opresion de todo género, la nulidad de vuestra existencia política. Si Dios secunda los votos del emperador Francisco, Italia volverá á ser feliz y respetada en Europa. Una constitucion fundada en la naturaleza y en la verdadera política, hará al suelo italiano venturoso é inaccesible para cualquiera fuerza extranjera. Europa sabe que la palabra de Francisco es sagrada, inmutable, pura: despertaos, pues, italianos; recordad vuestra antigua existencia; os basta quererlo para ser tan gloriosos como vuestros antepasados." Algunos en la Valtellina dieron oídos á este lenguaje y acudieron á las armas. Un tal Passerini, cura de Vall'Intelvi creyó tambien, que despues de haber faltado Napoleon á sus promesas de independencia, bastaba una sola voz para sublevar á los pueblos en defensa de sus derechos, por lo que juntando á unos cuantos clérigos y aldeanos con pocos fusiles enmohecidos y barras de hierro fundido, proclamó la independencia. Pero un puñado de soldados desbarató este motin, que sus autores rigurosamente expiaron en el patíbulo.

El presupuesto del reino de Italia se aumentó cada dia mas, hasta que en los últimos años ascendió á ciento veinte millones, una gran parte de los cuales se consumia en el país para mantener el ejército francés.

Prina, ministro de hacienda y hombre fecundísimo en recursos para satisfacer las crecientes exigencias del emperador, tenia el fino arte de disponer los presupuestos de modo que el país parecia en un estado mas floreciente de lo que podia creerse (1). En-

[1] Entre los sarcasmos de Botta, las calumnias de Colletta, la admiracion de Pecchio y las agrias censuras de Coraccini, es difícil que parezca justo el historiador de la Italia de aquella época.

tre tanto el reino de Italia, y con especialidad Milan, manifestaba un aspecto vigoroso y fuerte; pero con una prosperidad y lozanía meramente pasajera, como podia llegar á conocer el que observara cuán costosa era, y que no tenia por base sino la desenfrenada codicia de mando y pompa. La revolucion, si bien trasplantada á Italia, no habiendo recibido su desarrollo ni llegado á madurarse mediante una larga esperiencia y el orden sucesivo y espontáneo de las cosas como en Francia, habia difundido, sin embargo, un crecido número de nociones verdaderas, muchas ideas justas y generosas, conformes con el espíritu de la época, y echado raíces en el país, aunque para sus frutos fué muy perjudicial la sombra de un poder sin limites y de una guerra perenne. Escuelas, artes, industria, lograron un favor extraordinario bajo el dominio de los antiguos señores; los ingenios pasaron de la elegancia insulsa del chichiveismo y de las pasiones frívolas á cosas sustanciales, á los empleos, al ejército y á los cuerpos facultativos. En los consejos de Estado y en las arengas públicas se renovaba la elocuencia política. Napoleon, que en la embriaguez de su gloria insultó á los italianos, regalándoles con los títulos mas infamantes, decia en su destierro: "Los italianos no son inconstantes ni metafísicos, y poseen la bastante rectitud de lógica y la suficiente despreocupacion para conocer sus intereses. Pobres italianos, ya están divididos otra vez y desesperanzados." En Venecia mandó ensanchar el puerto, con el objeto de que sirviera cómodamente para buques de gran porte y proteger el Estuario con obras hidráulicas. Pensaba tambien en la construccion de arsenales en Ragusa, en Pola, en Ancona, y especialmente en la Spezia; construyó uno en Génova; facilitó el paso de los Alpes y del Apenino y tambien el de las comunicaciones interiores; habia decretado la union del Adriático al Mediterráneo por medio de un canal desde Alejandría á Ravena; y en su tiempo el canal de Bolonia acortó el curso del Rhin, al paso que el de Pavía unió el lago de Como con el Adriático. En Milan se concluyó la fachada de la catedral y se dió principio al arco del Simplon; se instituyó una escuela de mosaicos para eternizar la Cena de Leonardo que iba deteriorándose; se encomendó á Canova el Teseo para adornar la plaza Real (1) y á Amici la construccion en la fábrica de Pavía un espejo de reflexion de cinco piés de diámetro. En Roma se escavaron muchos edificios antiguos, señaladamente el Foro de Trajano, y se proyectó la disecacion de las lagunas Pontinas; Alejandría, Génova y las lagunas venecianas aumentaron sus medios de defensa con los fuertes de Malghera y Brondolo, y se hizo inespugnable Ancona. Todo esto se verificó en tiempo de agitaciones, entre

[1] Este y la Cena fueron enviados á Roma por los dominadores que vinieron despues.

guerras continuas y entre la manía insaciable de nuevas conquistas.

Pero á pesar de lo que llevamos espuesto, es cierto que la juventud italiana recibia entonces una educacion mas bien apta para hacer soldados que ciudadanos. Toda la retórica consistia en inculcar la obligacion de adular bajamente al vencedor, no concediéndose ni siquiera la libertad del silencio. Escribia á la sazón el *Diario Italiano* un tal Guillon, el cual despreciaba á los habitantes de aquella península llamándolos ineptos para la filosofía, para la táctica, para la poesía, para la música y exhortándolos á escribir con frecuencia en francés. El uso de semejante lenguaje hizo creer que la intencion de Bonaparte era la de introducir este idioma en los actos públicos. Entonces en Italia habia tambien comedia francesa, estipendiada por el gobierno, y en las tertulias se hablaba el idioma de allende los Alpes, porque así se usaba en la corte. Monti Giordani y otros de la misma escuela prodigaban incienso al *immortal, al dios y á los dioses* que lo rodeaban (á Napoleon y sus cortesanos); un periodista, llamado Sattanizio, que se atrevió á profanar las glorias napoleónicas, fué encerrado en una casa de orates, y tambien fué preso Juan Bautista Giovio, por haberse calificado de despreciativa la palabra *centilla* con que se atrevió á nombrar la condecoracion de la corona de hierro. Foscolo en su *Ajax* decia:

A traverso le folgore e la notte  
Trassero tanta gioventú á giacersi  
Per te in esule tomba, e per te solo  
Vive devota a morte (1).

Adivinada la alusion por el gobierno, éste hizo prohibir aquella tragedia, castigó al censor y desterró al autor á Toscana (2).

Con respecto al resto de Italia, Parma y Plasencia fueron reunidas al imperio y consideradas como departamento del Taro. Luca, trastornada en 1800 por los conquistadores que alternativamente la ocuparon, fué privada de su dinero y de sus armas hasta en 1801. Saliceti la organizó en república democrática (3) decretando la amnistia y la formacion del catastro. Cuando Napoleon se hizo emperador, los ciudadanos fueron obligados á solicitar de éste una nueva constitucion, abriendo en las parroquias para el

(1) A través de la tormenta y de la noche arastraron tanta juventud, para que por tí se hundiera en extranjera tumba, y por tí solo vive consagrada á la muerte.

(2) Este autor, no obstante su fortaleza de alma, envió al virey una carta de escusa, que hoy ciertamente no la escribiría nadie: tan distantes estamos de la abyeccion de aquella época.

(3) Mazarrosa asegura que se dieron repetidas veces por el tesoro de Luca á Saliceti, en secreto, seiscientos diez y ocho mil setecientos cincuenta francos; así se pagaba la libertad.

caso los acostumbrados registros (falaz testimonio del voto público). Mas adelante pidieron con una libertad de sufragios parecida á la que acabamos de mencionar, á Félix Baciocchi, príncipe de Piombino, y á su mujer Elisa, hermana de Napoleon, por sus señores, con sola la reserva de quedar escentos de la conscripcion. He aquí cómo concluyó otra república que habia durado 639 años.

Massa y Carrara fueron agregados á este territorio en la parte administrativa, y asimismo la Lunigiana, en cuya consecuencia se aumentó el principado de Luca con dos millones mas de moradores, á fin de declararlo feudo ducal del imperio. Abolidos por orden de Napoleon los conventos, las obras pías y hasta los simples beneficios legos, adquirió este pequeño principado un patrimonio de veinte millones de francos, con los cuales la viva é ingeniosa Elisa, Semíramis de aquel país, supo atesorar tanto para sí como para dotar hospitales, socorrer á pobres é inválidos, abrir caminos y fomentar los estudios y las bellas artes. Fué entonces cuando se fundaron nuevos colegios y una academia que dió principio á la importantísima publicacion de los documentos de la historia de Luca. Fué entonces tambien cuando se construyó un acueducto para surtir de agua la ciudad y que se reformaron las leyes penales y de procedimientos.

Por el tratado de Luneville, el infante de Parma habia llegado á ser monarca de Etruria; pero habiendo fallecido (27 de Mayo de 1803) y dejado un niño de cuatro años bajo la tutela materna, Napoleon hizo saber al gabinete de Madrid que pensaba ocupar la Toscana á fin de que no sirviese de apoyo á los ingleses. Entonces Carlos IV de España se encargó de custodiarla con sus propias fuerzas y envió á aquel país cinco mil hombres; pero cuando España fué invadida á su vez, el egipcio Menou organizó á la francesa toda Toscana, erigida á la sazón en granducado para Elisa, la cual abandonó á Luca (1807) al cabo de cuatro años de residencia (1).

Napoleon, mientras su hermano José estuvo en Nápoles, le dirigió reconvenciones en tono de amo, tachándole de debilidad, de pereza, de vanidad y de irresolucion, porque pretendia tener un ejército sin imponer contribuciones, porque no tomaba á Gaeta y porque no se preparaba para la expedicion á Sicilia. "Nápoles, le decia, debe producir cien millones de francos, como el vireinato

(1) Ya Italia francesa [no incluyendo lo que se llamaba reino de Italia], producía á Francia cuarenta millones de francos, de los cuales diez y ocho servian para el pago de la administracion, de la policia, de los caminos, y los veintidos restantes para plazas fuertes y manutencion de ciento veinte mil hombres, que protegian el país. Véase Thiers. *Hist. du Cons. et de l'Empire*. Tom. 8.

de Italia, y treinta bastan para pagar cuarenta mil hombres. Vuestros aduladores os aseguran que sois bien querido por vuestra moderación. ¡Locura! Si yo pierdo mañana una batalla en las margenes del Isonzo, veréis lo que vale vuestro afecto popular y la impopularidad de Carolina. Tendríais en semejante circunstancia que refugiárais en mi campo; pero el papel que hace un monarca fugitivo y vagabundo, es muy triste. No se os ponga tampoco en la cabeza formar un ejército de napolitanos, pues os abandonarían al primer riesgo, y os harían traición acogiéndose al pendon de otro señor.

“Formad tres ó cuatro regimientos y enviádmelos, que yo, despues de haberles dado disciplina con la guerra é inspirado valor, sentimientos generosos y fidelidad, os los volveré á mandar capaces de constituir el núcleo de un ejército napolitano. Entretanto tomad suizos á sueldo, pues que yo no puedo dejaros cincuenta mil franceses ni podría, aun cuando estuviérais en situación de pagarlos. En las Calabrias teneis algunas columnas móviles de corsos.” Y aquí espone el plan para defender el reino con un reducido número de tropas distribuidas desde la capital hasta lo interior de las Calabrias, para tomar á Gaeta y crear una gran plaza fuerte en el centro del país, donde el monarca pudiese encerrarse con su tesoro, sus archivos y los restos del ejército, y resistir seis meses á sesenta mil ingleses y rusos.

Pero la ciudad de Nápoles no le parecia al emperador el sitio mas á propósito para estos planes, y aun mas cuando consideraba que un rey extranjero no vive seguro en medio de una población numerosa y necesariamente su enemiga. Suponiendo, pues, que Castellamare seria mas oportuno para el efecto, queria que se destinaran para fortificarlo cinco ó seis millones anuales por espacio de diez años [1]. Napoleon quitó mas adelante aquel trono á José, segun hemos dado á conocer arriba, y puso en su lugar á Joaquín Murat, excelente soldado, de fortuna, y mucho mas hábil para un ataque ó para una parada que para gobernar. Este juró [6 de Setiembre de 1808] el estatuto que en Bayona habia dado su predecesor; pero jamas lo puso en ejecucion: sin embargo, apenas se sentó en el trono, mitigó en gran manera los rigores que el estado de guerra habia producido; estableció los códigos franceses y las leyes contra el feudalismo; suprimió los monasterios que poseian bienes, dejando solo los de los frailes mendicantes; prohibió á los obispos imprimir sus pastorales sin prévia licencia del gobierno; fundó una sociedad de agricultura en cada provincia, concediendo á todas terrenos para los experimentos; estableció en Nápoles un jardin botánico y de-

[1] Cartas de Napoleon del 6 de Marzo, 22 de Abril, 9 de Agosto, 2 de Setiembre de 1806, citadas por Thiers. *Hist. du Cons. et de l'Empire*, libro XXV.

claró monopolio del Estado el cultivo del tabaco [1].

Por imitar la ambicion del emperador queria tener muchos soldados, cuidándose mas del número que de la calidad de sus tropas. Acostumbrando al pueblo á la conscripcion, formó un ejército regular de sesenta mil hombres y una guardia nacional de veinte mil, multiplicando los grados, haciendo vestir lu-

[1] Cuando se supo que Bonaparte habia hecho rey de Nápoles á Joaquín Murat, se comovieron sobremanera los ánimos de los habitantes de aquel reino; hubo un crecido número de personas que se prometían grandes felicidades del nuevo monarca, á quien suponían dotado de mucha actividad en el manejo de los negocios públicos, que bajo el breve reinado de José habian estado casi completamente desecuidados. Otros por el contrario, suponían que Murat, avezado mas bien á las empresas bélicas que á las cosas políticas, no dejaria de ser fatal á la prosperidad del reino, usando de aquella dureza tan propia de un gobierno puramente militar: de otra parte cundía la voz de que Joaquín Murat era de corazón cruel, inflexible y pertinaz en sus resoluciones, ocupado siempre en proyectos ambiciosos y planes de conquista, y finalmente, los hechos de España le habian deshonrado mucho. Pero á pesar de voces tan alarmantes y de las relaciones de que su cuna era muy humilde é ignorados los pormenores de su vida privada, solo el conocimiento de su valor y de sus prodigiosas hazañas en el campo de batalla, previnieron los ánimos en favor del nuevo monarca.

El día 6 de Setiembre del año de 1808 Murat entró en la capital de su nuevo reino á caballo, vestido con esmero y elegancia, pero sin el manto real ni ninguna otra divisa soberana: llevaba únicamente el uniforme militar que solia usar para la guerra. Recibió á la puerta los homenajes de los magistrados, las llaves de la ciudad y todas las correspondientes muestras de respeto y acatamiento.

El nuevo monarca se trasladó á la iglesia del Santo Espíritu en donde recibió la sagrada bendición del cardenal Firao, con religiosa devoción, pero teniéndose siempre de pié sobre el trono. Despues pasó al palacio, y llevó todas las ceremonias reales de costumbre con nobleza y asombrosa desenvoltura, como si estuviese desde muchos años avezado á aquellos actos tan magníficos. Por la noche fué suntuosamente iluminada la ciudad, y el pueblo rebotaba de júbilo.

Era Murat de hermosa figura, noble en sus ademanes, alegre y festivo en su conversacion privada; y con el alto renombre que le daban sus triunfos, y el afecto que Napoleon le profesaba, poseia todo lo que podia lisonjear á los pueblos é inspirarles afecto y acatamiento.

No habian acabado aún las fiestas celebradas por la venida del nuevo monarca, cuando llegó á Nápoles su esposa Carolina Bonaparte. Si en esta circunstancia las fiestas fueron menos pomposas que las anteriores, no dejaron de inspirar mucha alegría y admiracion al pueblo. Llamaron en gran manera la atencion de las damas na-

josísimos uniformes, pasando continuas revistas y estableciendo escuelas de ingenieros y de artillería. No resignándose como José á vivir en indecorosa vecindad con el enemigo, atacó á Caprea, ocupada por los ingleses, y defendida por Hudson Lowe, futuro carcelero de Bonaparte, y la obligó á capitular. Rotas las hostilidades en 1809, Stewart y Carolina de Austria, que estaban en Sicilia siempre alerta para reconquistar la Tierra Firme ó turbar á lo menos su paz interior, se prepararon con armamentos, dirigiendo sobre Calabria una expedición anglosicula (Junio de 1809) con sesenta buques de guerra, doscientos seis de transporte, y catorce mil hombres de desembarco, además de los guerrilleros que saltaron en tierra en varios puntos. Nápoles presencié entonces el espectáculo de una batalla en su golfo; pero acordándose de Nelson (1) (25 de Julio de 1809), rechazó con poderoso esfuerzo á sus antiguos amos, siempre inexorables. Los ingleses desembarcaron en Prócida; en Ischia encontraron una vigorosa resistencia, y en Scilla se vieron obligados á reembarcarse. Pero desde entonces renovaron una guerra de intrigas y amenazas, intentaron desembarcar en el Adriático y enviaron partidas de bandoleros hasta Roma, en donde Miollis se habria encontrado en graves apuros si Joaquín Murat no le hubiese auxiliado con gente armada. La batalla de Wagram, á decir verdad, quitó á los agresores la esperanza de salir airosos en su empresa, pero no acabó con los insurgentes, que infestaban á millares la Pulla, la Basilicata y la Calabria. Mientras que por otra parte Carolina no dejaba de atizar continuamente la insurrección del reino de Nápoles y el furor de los enemigos del nombre francés en el extranjero, Murat quiso efectuar un desembarco en Sicilia, pretendiendo imitar tambien los preparativos de Napoleon en Bolougne; pero los ingleses se pusieron en armas para rechazarlo, y comenzó en el mar una guerra de salteadores con gran derramamiento de sangre, gastos cuantiosos y ningun resultado. En esta ocasion, sin embargo, cobraron aliento en Calabria los insurgentes, á quienes se perseguía con bárbara ferocidad, hasta rompiendo todos los vínculos de la naturaleza.

politana la belleza y los encantos de la nueva reina, la cual tenia para sí el gran talisman de ser hermana de Napoleon y la verdadera dueña del reino de Nápoles.

Murat reformó muchos abusos del poder administrativo y judicial; procuró animar la industria y proteger el comercio y las artes; hermoseó con buenas pinturas los reales palacios de Nápoles, Portici y Caserta, y supo granjearse el afecto de sus súbditos.

V. Colletta, Historia del reino de Nápoles.

(Nota del traductor.)

[1] Alude nuestro autor á la violación del tratado cuando cayó la república Partenopea, como ha notado mas arriba.

¡Ay de quien les auxiliaba ó escondía! ¡Ay de quien no los revelaba!

Un padre fué condenado al último suplicio, por haber dado pan á su hijo; la consorte de otro, despues de haber parido, confió el recién nacido á una mujer de Nicastro, la cual fué denunciada por haberlo admitido, y condenada á muerte.

El general Manhes se constituyó en feroz ejecutor de órdenes tan atroces. Estos suplicios que hacen estremecer por su crueldad la naturaleza, obligaron á los insurgentes á aguardar en silencio tiempos mas oportunos.

Por lo que puede conjeturarse, parecen fundadas las razones de los que creen que Murat solicitó del emperador la traslación de Pio VII á Francia, esperando poderse quedar en aquella circunstancia con alguna nueva provincia en su poder; pero la tiara ultrajada se convirtió en objeto de mayor veneración; toda Italia se hincó de rodillas ante el preso, y las disensiones religiosas dieron alas al descontento y al deseo de emanciparse de los extranjeros.

Tambien Joaquín Murat concibió deseos de independencia italiana, cuando Napoleon, cada vez mas enorgullecido, pretendía reducir á la ínfima condicion de vasallos suyos á los nuevos monarcas que habia creado. Con este motivo privó de los empleos y de los cargos militares á los franceses, y no quiso condescender con las voluntades imperiales [1], de lo cual fué reconvenido agriamente por Napoleon, comenzando desde entonces aquellas desavenencias entre los dos, que en tiempos calamitosos vinieron á redundar en perjuicio de Italia y de ambos contendientes.

Tantas vicisitudes habian reanimado entre los habitantes de la Península itálica el espíritu militar. El Piamonte unió sus armas á las de Francia, lo que efectuó con especialidad despues de haber sido incorporado al

[1] He aquí cómo se explica Colletta sobre el particular: “Despues de haber arreglado Murat los asuntos de su nuevo reino, pareciéndole poco decoroso y pesado el yugo del emperador Napoleon, dió á entender que queria á todo trance separar las cosas de Nápoles de las francesas. Así es, pues, que el pendon imperial que ondeaba á la sazón en todo el reino, así en paz como en guerra, se vió repentinamente arriado, y el nuevo estandarte nacional fué blanco y amaranto sobre un fondo azul turquí. Despues Murat despidió las tropas francesas, y ordenó que toda la fuerza de su Estado se compusiera de ejércitos napolitanos, y asimismo que los cargos desempeñados por franceses fuesen conferidos á los nacionales. Estas medidas desagradaron sobremanera al emperador, é indispusieron á los dos cuñados: reconciliados mas adelante, Napoleon permitió al rey licenciar las tropas francesas, pero le obligó á no exonerar de sus empleos á los franceses residentes en Nápoles.”

[Nota del traductor.]

imperio; Génova fortificada como Alejandría, fué obligada á pagar tres millones de francos para la marina, á tener un arsenal de construccion y á mantener á lo menos dos buques de sesenta y cuatro cañones, dos fragatas y cuatro corbetas. La república Cisalpina, apenas fundada, armó la guardia nacional, y cuerpos de milicia regular, compuestos de jóvenes que se imprimían en el brazo con instrumentos punzantes las palabras *república ó muerte*; su territorio dió desde un principio oficiales muy valientes, como la Hoz, Fantuzzi, Pino, Teulíe, Balabio, Fontanelli, Rossgnole, Porro, Pittoni y otros que se distinguieron por su valor en las batallas de Arcole y Bassano, en la toma de Mantua, Faenza y Ancona y en otros hechos de armas.

En 1801 el ejército cisalpino fué aumentado hasta veintidos mil hombres, y la república dicha italiana agregó á éstos una reserva de otros sesenta mil, compró los cañones de las plazas de la república francesa por cuatro millones, y tomó á sueldo dos medias brigadas y un regimiento de caballería ligera polaca. Tuvo también dos equipajes de puente, parques en Mantua de Pizzighe-tone, mil seiscientos gendarmes, un regimiento de granaderos para la guardia del gobierno, además de la guardia nacional, que se componía de todos los ciudadanos desde diez y ocho á sesenta años.

En el año de 1803, una division, bajo las órdenes de Teodoro Lecchi, peleó juntamente con los franceses desde Génova hasta Nápoles, mientras otra, mandada por Pino, se ejercitaba en Boulogne para invadir la Gran Bretaña, para cuya empresa habian ofrecido los italianos, á saber: su *presidente y la república*, cuatro millones de francos destinados á la construccion de dos fragatas y doce lanchas cañoneras, cada una de las cuales llevaba el nombre de uno de los departamentos. Constituido el reino, el ejército dió buena muestra de sí al emperador en la esplanada de Montichiario; y habiendo entonces los Borbones de Nápoles amagado con un movimiento, Eugenio reunió un campamento de guardias nacionales entre Módena y Bolonia, concediendo á cada departamento el *honor* de enviarle de quinientos á mil hombres, gente totalmente inhábil para semejante ejercicio, y arrancada del seno de sus familias. Aumentóse la conscripcion, cada vez mas desagradable á un pueblo no avezado á ella. Napoleon en tanto, para que las clases elevadas no se librasen de aquella contribucion de sangre, poniendo sustitutos, instituyó el cuerpo de velites, á cada uno de los cuales debian dar sus familias respectivas doscientos francos al año; creó también un regimiento de dragones de la guardia, dos compañías de artillería de á pié, una montada y otra de marineros, además del antiguo regimiento de granaderos y los guardias de honor, á cada uno de los cuales debian dar asimismo sus familias mil dos-

cientos francos. Sin embargo, los italianos se acostumbraron á las armas, y en breve tuvimos cuerpos de ingenieros y de marina, parques en las Marcas y en las Legaciones, fundicion de cañones en Brescia y en Pavía, colegios de huérfanos y escuelas para jóvenes, hospitales y casas de asilo para los veteranos: así que el antiguo valor renacia con las escuelas, con los nuevos pendones y con las recompensas prometidas ó esperadas.

En las campañas de Alemania y de la Península Itálica, los habitantes de esta última se mostraron animosos y ardientes en pelear. Cuando Beauharnais y Macdonald, despues de haberse verificado la sangrienta batalla de Raab [14 de Junio de 1809], se unieron al emperador de los franceses llevándole el ejército de Italia, éste les saludó hablándoles en esta forma: "Habeis alcanzado gloriosamente el punto que os indiqué y el Semering ha contemplado vuestra union con el grande ejército. ¡Seais los bien venidos! estoy satisfecho de vosotros. Sorprendidos por un enemigo pérfido antes de que vuestras columnas se reunieran, tuvisteis que retroceder hasta el Adige; pero cuando recibisteis la orden de marchar adelante estábais ya en el memorable campo de Arcole y jurásteis por los manes de los héroes vuestros antepasados lograr la victoria. Semejante juramento lo cumplisteis en las batallas del Piave, de San Dionisio, de Tarvis, de Goritz; tomásteis por asalto los fuertes de Malborghetto y de Predill, y obligásteis á capitular á la division enemiga refugiada en Lubiana. No habíais pasado aun el Piave, y veinticinco mil prisioneros, setenta piezas de artillería y diez banderas daban ya testimonio de vuestro valor. El Drava, el Sava, el Myr no pudieron deteneros un instante. La columna austriaca que entró primero en Munich y dió la señal del estrago en el Tirol, cerca de San Miguel, tuvo que ceder al impulso de vuestras bayonetas. Habeis ejecutado pronta y buena justicia en los restos que se libraron de la ira del grande ejército. Soldados, los austriacos que por un momento infestaron con su presencia mis provincias y pretendieron quebrantar mi corona de hierro, derrotados, anonadados, dispersos, gracias á vuestro valor, son el mas vivo testimonio de que es verdadera aquella divisa: ¡Dios me la dió, ay de quien la toque!"

Otras ilustres proezas distinguieron á los italianos en la fatal guerra de España, de la cual apenas regresaron nueve mil, habiendo entrado treinta mil; pero no militaban sino á las órdenes de mariscales extranjeros. Los napolitanos, que habian servido bien al Austria, desplegaron igual valor despues con Murat, que en 1812 tenia bajo sus órdenes cincuenta mil de ellos [1].

[1] Don Mariano Ayala, jóven erudito y elegante escritor siciliano, que se ha dado á conocer en estos últimos tiempos, no tan solo como literato sino también como político, escribió hace al-

En aquella época, el reino de Italia podia contar con setenta y cinco mil hombres, de quienes dos divisiones estaban en España, y cuatro en Dalmacia y en su propia península. Sin embargo, un crecido número de ellos para librarse de la dura ley de la conscripcion, se lanzaban armados á los bosques y á las montañas. Pero el valor italiano en aquella ocasion lució aun mas obrando independientemente y por sí en las tentativas contra la dominacion extranjera, en Verona, en Saló, en Balsabbia, en Nápoles, en Arezzo, en Visagno, en Civitavecchia, en Orrieto, en el Piamonte, en los Abruzzos y en las Calabrias.

Así como reputariamos incompleta la historia que no refiriese las expediciones de Cambises á Livia, de Darigio contra los escitas, de Gerges á Grecia, de los diez mil griegos á Persia, y de los otros á Sicilia, de Varo á Alemania, de Carlos XII á Rusia, del mismo modo juzgamos imperfectas las historias de Italia que pasan por alto las empresas de los italianos en España y Rusia. Al prepararse Napoleon para la guerra contra esta última, dividió á los ciudadanos en tres clases; de veinte á veintiseis años la primera, de veintiseis á cuarenta, la segunda, y de cuarenta á sesenta la tercera, que formaba la reserva.

El 18 de Febrero de 1812, cuarenta mil italianos se pusieron en marcha sin saber el enemigo contra quien se les dirigia, mostrándose siempre alegres, disciplinados, confiando en su jefe y en sí propios; mas adelante tomaron el nombre de cuarto cuerpo del grande ejército; habian llegado ya á Kalwary de Polonia, cuando supieron que iban á combatir contra Rusia. El gobierno polaco los escitó á libertar un país que tenia tanta semejanza política con el suyo, recordándoles que la hermosa Italia habia recibido con horror á los rusos en sus amenos campos, invocando en vano á un nuevo Mario, y que los bárbaros aullidos del salvaje escita, habian resonado sobre la tumba del cisne de Mantua. Al mismo tiempo los rusos hacian circular proclamas entre los italianos, exhortándoles á abandonar la causa del tirano de su país. No les faltaron, sin embargo, valor ni fidelidad, aunque el príncipe Eugenio, que les capitaneaba, dejó traslucir su desconfianza, y les trató tan bruscamente que hizo recordar que no era italiano (1); y á pesar de que Napoleon, ni los animó con su presencia, ni casi hizo mencion de ellos en sus boletines;

gunos años un libro sobre las guerras y prodigiosas hazañas de los napolitanos. Esta obra, recomendable por todos estilos, lava á los napolitanos de la mancha de cobardes con que repetidas veces se les ha calificado.

[Nota del traductor.]

[1] En un altercado se dejó escapar estas palabras: "No temo vuestras espadas ni vuestros puñales."

HISTORIA—61

pues solo comenzó á halagarlos cuando empezaron los desastres.

Los hechos de armas de los italianos son de tal naturaleza, que no necesitan recomendacion. Diremos sin embargo, que se mostraron valientes en su marcha al Moskowa, y mas aun en Malojarslavetz á su regreso, pues entonces protegieron con sus propios cuerpos la retirada, tanto que Rapp dijo que el ejército de Italia debia consignar en sus fastos nacionales aquella jornada. Bonturling atribuye todo el honor de ella á la guardia del vírey, y Roberto Wilson prodigó elogios á los héroes italianos, que no llegando á diez y seis mil, tuvieron á raya á ochenta mil rusos.

Al pasar el puente Brison, el ejército de Italia estaba reducido á dos mil quinientos hombres, y todos los demas habian perecido, aunque no se trataba de la salvacion de su país, ni tampoco de su gloria. La excelente espada de Joaquin Murat fué también una de las armas mejor templadas que defendió á Napoleon en la guerra de Rusia; y los cosacos lo miraban con espanto y estupor, sentimientos que espresaban cuando le veian en su brillante y lujoso atavío adelantarse como un caballero antiguo para ejecutar hazañas prodigiosas de valor.

Hallándose ya Napoleon al borde del precipicio, aunque pedía á cada paso nuevos sacrificios á Italia, no la tenia en aquella consideracion que podia inspirar un culto de idolatría en el pecho de hombres que no eran mas que siervos. El príncipe Eugenio, con una crueldad enteramente napoleónica, escribia al ministro italiano de la guerra, que de veintisiete mil combatientes le quedaban tan solo doscientos tres [así á lo menos lo creia], y que levantase gente nueva para reemplazar á los que habian perecido. Pero es de notar que en esta circunstancia Eugenio no prodigó ni una sola palabra de elogio por los que habian muerto peleando, ni empleó una razon ó un pretexto cualquiera para inducir á un reino independiente á que hiciese nuevos sacrificios. Cuando llegó á Dresde (8 de Mayo de 1813), despues de haber dejado el ejército de Rusia, fué enviado á Milan por Napoleon para que redujese á cuerpos armados á todos los hombres útiles. Al entrar el mes de Agosto habia reunido ya cincuenta mil entre franceses é italianos, que dirigió sobre la liria y el Friul para tener á raya á los austriacos, reforzados en el Sava bajo las órdenes de Hillier. El 21 de Agosto empezaron las hostilidades con gran derrocamiento de preciosa sangre, pero sin fruto ninguno; y finalmente, habiendo llegado á conocer Eugenio, despues del infeliz éxito de las grandes y repetidas batallas en las que se interesaban las naciones, que Italia podia ser amenazada por la parte del Tirol, volvió del Isonzo al Adige. El 15 de Noviembre salió de Verona, sorprendió al enemigo en Caldiero, y lo rechazó sobre el Alponi; pero no pudo seguir el curso de la victoria, por-